

GEORGES DUHAMEL (1884)

Balada del desposeído

Es un hombre que todo lo terreno ha perdido,
Es un hombre a quien todo ya le fué retirado.

Sobre el lecho doliente, con plena indiferencia,
Llagados y ateridos ha depuesto sus miembros.

A la misma cabeza la abandona a su peso:
¡Muy poco importa el sitio donde rueda la carga!

No solicita nada, no insinúa una queja,
No pronuncia una sílaba: todo lo tiene dicho.

Deja oír solamente — quedamente — un suspiro,
Un suspiro angustioso que casi no es humano.

¿Qué hace aquí entre nosotros? Ya carece de todo.
Parece liberado ya de toda esperanza.

¡Despojados se siente de alegrías y goces;
Apenas si le resta la vida intolerable.

Sólo es suya esa llama débil y moribunda,
Sólo algunos recuerdos que apartar es preciso.

Se acabó. Cuanto pudo realizar ya está hecho:
Y cuanto le exigieron, también está cumplido.

Se acabó. Vedle ahora ajeno a toda lucha.
Yace allí como un hombre terriblemente libre.

Su mirada desierta contempla alguna nube
Que refleja, en lo alto, invisibles países.

Y a veces esos ojos se posan en nosotros
Que perseguimos tanta preocupación inútil.

¿Qué hace, pues, con nosotros, aquí, el desposeído?
¿El viajero que espera que el viento se levante?

Nosotros lo miramos en profundo silencio,
Nosotros lo miramos con horror infinito.

Y, en el fondo de nuestras almas amortiguadas,
Una cordial envidia, misteriosa, aparece.

(*Elégies*, ed. *Mercuré de France*, 1920.)